

# LA AUTOPISTA DEL AMOR



DE BARCELONA A PARÍS,  
UN VIAJE POR LAS RUTAS DEL CORAZÓN.

SUSANNA  
BARRANCO



La autopista del amor

Susanna Barranco

# LA AUTOPISTA DEL AMOR

*Susanna Barranco*

1.ª edición: abril, 2013

© Susanna Barranco Iglesias, 2013

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito Legal: B.15635.2012

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-380-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Al corazón valiente de mi madre*

La carretera de la vida está llena de giros y cruces y no hay dos direcciones iguales.

Sin embargo, las enseñanzas están en el camino, no en el destino final.

Don Williams Jr.

## Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Dante no se equivoca

Hotel Límite

Jinetes en la tormenta

Iluminaciones

La bodega del alma

El pintor y el artista

El primer desamor

El hombre de los pájaros

El lenguaje de los pájaros

Alondrita, amable alondrita

La autoestopista

El kiwi

El atlas de los hombres

La conquista del paraíso

Secretos del amor de largo recorrido

Caminar sobre hielo

Más que amor, frenesí

Las puertas de París

París no era una fiesta

Cambiar la dirección de la mirada  
La ciudad de los muertos  
El enigma de Jim Morrison  
En el Campo de Marte  
Sueños de un seductor  
Shakespeare y compañía  
La vieja reina de las catedrales  
Todo ocurre por un motivo  
Suite francesa  
Sí, el río lo sabe  
La taza vacía  
Nunca el tiempo es perdido  
Libro, cuando te cierro abro la vida  
El imperio de los sentidos  
Ámame dos veces

## Prólogo

## El amor te hace viajar

Recuerdo muy bien la primera vez que vi a Susanna Barranco, la autora de esta novela. Fue en una velada para celebrar la publicación de un libro de poesía de nuestro amigo José María de la Fuente. El mismo autor leía los versos mientras yo le acompañaba al piano.

El público estaba formado por una treintena de jóvenes que se sentaban por el suelo del salón donde se celebraba el acto. El clima de lo que al principio era una distendida reunión de amantes de la poesía cambió de repente cuando entró Susanna.

Se sentó en medio de la sala y todas las miradas dejaron de seguir al poeta y a su pianista para fijarse en ella. Emanaba una fuerza y un carisma que no la dejaban pasar desapercibida.

Luego supe que era actriz —ha participado en teleseries de la televisión catalana—, dramaturga y directora de teatro. Desde entonces he asistido a las representaciones de sus obras *Mossegades* (Mordiscos) y *El amor no hace daño*, y he podido disfrutar de sus documentales *Heridas* y *Vacíos*, que se han emitido en diferentes televisiones.

Autora del poemario *Cràter* y del libro *Digue'm una cosa bonica* (Dime algo bonito), Susanna Barranco siempre ha hablado del amor. Sea a través de la lírica, del teatro o de los audiovisuales, su carrera se distingue por la meticulosa disección del más humano de los sentimientos humanos.



En esta primera novela, explora cómo el amor —por una persona, un proyecto, un sueño— nos hace abandonar nuestra zona de confort para viajar a territorios desconocidos.

Desde muy pequeña, Susanna supo del carácter viajero del amor a través de las historias que le contaba su abuelo Francisco, a quien llamaban el Gardel del Carmelo por su talento para cantar tangos.

Francisco fue uno de esos hombres jóvenes, humildes y valientes que, con una maleta y unos zapatos rotos como toda posesión, una vez acabada la guerra civil se puso en camino persiguiendo un sueño. Re-corrió el largo trayecto desde su pueblo natal Dalías (Almería) a Barcelona a pie y sin un céntimo en el bolsillo.

Probablemente cantó durante gran parte del viaje los tangos de su admirado Gardel, con la ilusión y la esperanza que proporciona una nueva aventura, por muy duras que sean las pruebas.

Tras semanas con llagas en los pies, de soportar el frío, el hambre y los peligros del camino, Francisco llegó al barrio del Carmelo, como muchos otros inmigrantes del sur de España. En aquella elevación llena de barracas y otras viviendas precarias construyó con sus propias manos de carpintero un hogar.

Cuando tuvo el nido a punto y hubo ahorrado un poco de dinero, regresó —esta vez en tren— a su tierra natal en busca de la mujer que sería su esposa, Natalia, para iniciar una nueva vida en Cataluña.

—Natalia es un nombre ruso —solía decir la abuela de Susanna.

Sin embargo, no era rusa, sino una andaluza acostumbrada al trabajo duro, siempre impulsada por la incombusti-

ble energía del amor.

La casa de Francisco y Natalia sigue hoy en el Carmelo con más de una grieta y con los susurros de cada uno de los tangos que el abuelo cantó a su nieta.

No cabe duda de que la aventura de este hombre sencillo, incansable y soñador ha servido de inspiración a Susanna Barranco para tramar una fábula inolvidable, *La autopista del amor*.

Su protagonista, Uma, también se pone en camino para buscar lo que su realidad le está negando. Harta de la apatía de su marido, tras abandonar su empleo de cajera de supermercado, se sube a la vieja Vespa de su padre para cumplir un sueño que este dejó pendiente: visitar la tumba de Jim Morrison en París.

A lo largo de su camino vivirá muchas aventuras y encuentros que le enseñan distintas facetas del arte de amar. Aprenderá a convivir con sus miedos, a ser libre, y al final de la autopista, a conocerse y a amarse a sí misma.

Todo viaje es un ejercicio de autodescubrimiento, ya que al hallarnos fuera de nuestras fronteras cotidianas vemos claramente nuestras debilidades y fortalezas. La distancia respecto al mundo que dejamos atrás nos permite reconocer nuestros errores, a la vez que entendemos nuestras verdaderas prioridades.

Una mujer —o un hombre— sola en la carretera no puede engañarse a sí misma.

El trayecto en motocicleta de Uma no deja de ser una alegoría del viaje del amor, que nos arranca de nuestra rutina para aventurarnos en horizontes desconocidos.

Encabezados por los luminosos haikus del viajero —obra de la poetisa Sílvia Tarragó—, cada capítulo de esta fábula cuenta una etapa de la odisea de Uma en su bús-

queda del amor perdido, del legado de su padre y, a la postre, de su propia identidad.

Deseo a los lectores un feliz viaje en esta *Autopista del amor* y que, como el Gardel del Carmelo, nunca dejemos de cantar en el camino.

Francesc Miralles

## Dante no se equivoca

*Partiendo de nada  
hacia lo incierto.  
Solo el camino.*

### HAIKU DEL VIAJERO I

La carretera serpenteaba, enigmática, bajo los focos del firmamento. Todo era silencio a excepción del motor de la vieja Vespa, que rugía como una fiera resentida cada vez que Uma le daba gas. Sus lágrimas convertían el monótono paisaje nocturno en una acuarela imprecisa.

Tras completar una amplísima curva, vio que la aguja había alcanzado los 100 km por hora. Demasiado lento para una autovía solitaria que invitaba a saltarse el límite de velocidad. Pero demasiado rápido para alguien que no sabe adónde va.

Eran las cinco de la madrugada y ella acababa de dejar atrás todo lo que hasta aquel momento había sido su mundo. Mientras avanzaba hacia el tenue resplandor de una gasolinera, hizo recuento de todo lo que ya no era suyo:

36 años. Los había cumplido hacía apenas unas horas, pero estaban perdidos. Mejor o peor empleados, quedaban atrás, en el museo de los errores que ya no pueden ser enmendados.

EL 65% DE UNA CASA PAREADA. Dos terceras partes era lo que se había conseguido pagar de un chalet de 100 m<sup>2</sup>, donde había vivido pocos momentos de felicidad. Nunca le había gustado, aunque probablemente la casa no tuviera la culpa, ya que era solo el envoltorio de una vida

repetitiva y vacía. En iguales circunstancias, habría sido infeliz en cualquier otra parte.

UN TRABAJO DE CAJERA. De 09.30 a 14.00 y de 16.30 a 20.00. Sueldo neto de 920 €. De martes a sábado. Contrato fijo, como fijas eran las salidas de tono de una jefa que nadie entendía cómo había accedido a aquel rango. Con solo 25 años, se atrevía a gritar a empleadas que ya estaban en el supermercado antes de que ella naciera, y que conocían su oficio mucho mejor que la encargada.

EL HOMBRE INVISIBLE. El mismo que hasta cinco horas antes había sido su pareja. Tras un inicio voluntarioso — ayudado por la inexperiencia y la ingenuidad de ella—, Abel se había ido diluyendo en sus sueños hasta convertirse en algo muy parecido a la nada. Cuando el amante solícito dejó de serlo, el envoltorio de la pasión descubrió a un hombre apático y negativo que le fue robando las ganas de vivir. Se enfadaba por cualquier cosa y dejaba de hablarle durante días enteros sin explicar el motivo. Inaudito. Inaudible. Luego invisible. Tras una década de convivencia, había empezado a desaparecer noches enteras. Primero buscaba alguna excusa sin opción a réplica. Luego ni siquiera eso.

Tras este triste inventario, Uma apagó el motor para rodar suavemente hasta la plataforma de la gasolinera.

Mientras cargaba el depósito de la Vespa, practicó el mismo ejercicio a la inversa. Una vez consignado todo lo que había perdido, calculó rápidamente lo que le quedaba:

47 AÑOS. Según los últimos datos de esperanza de vida entre las mujeres españolas.

UNA VESPA DE 1982. La había heredado a la muerte de su padre, y había dormido en un húmedo garaje desde entonces. Era una grata sorpresa —la primera buena noticia en meses— que aún funcionara.

UNA TARJETA CON 220 EUROS DE SALDO Y 1.200 DE CRÉDITO. Aunque este último sería anulado por el banco cuando descubrieran que ya no cobraba una nómina ni tampoco el paro. Se había marchado del trabajo a las bravas.

UNA MOCHILA. Algo de ropa de verano, un par de jerséis, un saco de dormir fino, una guía de Europa. Eso era todo lo que tenía para empezar una nueva vida sin plan alguno.

Desconsolada con estos pensamientos, Uma tuvo que despertar a la empleada que dormitaba al otro lado del mostrador.

—Disculpe...

Por mucho menos que eso, cualquier cajera del supermercado habría sido despedida fulminantemente, pensó. La mujer, sin embargo, no parecía tener prisa. Se limpió las gafas con una servilleta de papel y tosió un par de veces antes de mirar el indicador de litros de gasolina.

—Son quince euros.

Uma entregó un billete azul mientras su mirada se desviaba hacia el libro que reposaba a un lado del mostrador. *Aforismos de Dante Alighieri*, rezaba el título, bajo el que se mostraba el retrato de un hombre de nariz aguileña envuelto en una túnica roja.

Al detectar el interés de ella, la cajera sonrió y dijo:

—Me gusta leer frases que me hagan pensar entre un cliente y el siguiente.

—Pues no parece haber muchos a estas horas.

—Los suficientes —repuso mientras sus dedos gordos pasaban las páginas como guiadas por una fuerza invisible—. Dante es un oráculo. Te regalo una inspiración suya, vamos. Piensa en algo que necesites saber.

Sorprendida por la informalidad de aquella empleada, Uma se dijo que había demasiadas cosas que necesitaba saber. No tenía adónde ir, fuera de la peregrina idea de cruzar la frontera con Francia para seguir subiendo hasta París, si la castigada Vespa resistía el viaje. Y aun así necesitaría un par de días al menos para cubrir el trayecto.

Por infantil que pudiera resultar, siempre había querido ver la Torre Eiffel con sus propios ojos. Aquel era un deseo que le había contagiado su padre. Eso era todo lo que sabía. No tenía más planes.

Mientras pensaba en todo eso, un nuevo cliente se situó en la cola. Uma vio de reojo que se trataba de un hombre grueso que miraba su trasero sin ningún recato.

—Espabila, niña —la urgió la cajera—. ¿No hay nada que quieras consultar a tío Dante?

De no haber tenido aquel gigante en la retaguardia, le habría preguntado: «Necesito saber qué mueve mi vida, ahora que todo ha terminado. Sé de lo que huyo, pero no hacia dónde.»

Al ver que no decía nada, la mujer resopló y abrió al azar el gastado libro de citas. Sin importarle la impaciencia de aquel hombre, leyó lenta y suavemente:

—«El amor mueve el Sol y las otras estrellas.» ¿Te sirve?

—No lo sé.

—Te servirá. Si no es ahora será más tarde. Dante no se equivoca.

Uma abandonó aquel local con una extraña sensación. No podía evitar relacionar aquella cita con su propia imagen, avanzando en la Vespa bajo la cúpula estelar.

En aquella modesta estación de servicio, Dante había atravesado los siglos para recordarle la importancia del amor como motor de la vida.